

EL PATRIOTISMO

El patriotismo, hermosa y magnífica palabra que informa una idea muy elevada, muy noble y cuyos hechos, magnificando los pueblos, los hacen acreedores a la admiración y a la gratitud pública; pero desgraciadamente ya entre nosotros solo va quedando el significado. Porque el sórdido interés todo lo avasalla con su cortejo de errores:

Porque la caridad fraterna va rápidamente desapareciendo:

Porque la indiferencia por el bien común, se asienta cada día más en la mayoría de los hombres y por consiguiente, es muy reducido el número de los que tienen en miras el bien de los otros.

Y ante hecho tan desolador, es necesario meditar en los resultados finales de la ausencia del patriotismo.

Es necesario retrotraer el pasado, recordando el inimitable ejemplo de los que nos dieron libertad, derecho e independencia, a costa de sangre, vida y haciendas; y de tantos otros que han tenido siempre en miras an-

tes el bien general, inspirados por los hermosos sentimientos de la abnegación, de la libertad.

Sobre todo tenemos bajo nuestra vista y dirección una niñez que se levantará conforme al ejemplo que le demos, y de ahí que debemos inculcarle la idea de patriotismo, rodeada de toda la alteza que la informa.

Hablémosle siempre de los sacrificios heroicos, de las grandes obras de generosidad, de bondad, de filantropía, de los hombres que se han distinguido por amor a la patria con hechos que pasan. Y luego venga el hecho que edifica y hondamente arraiga en los corazones.

Recriminemos el egoísmo, el ávido interés, la ambición, la avaricia, la indiferencia, el pesimismo, como cosas funestas para la fecunda obra del patriotismo, siempre dispuesto a lo grande y a lo heroico.

Que gobernantes y gobernados se vean inspirados en edificar con el ejemplo, con incansable perseverancia, como un deber ineludible y sagrado.

El Unare

Muebles baratos en el Almacén de Fernando Hernandez

El Avaro

Sombra de la humanidad, polilla destructora del ideal. Cerebro hecho metal y alma fundida en quién sabe qué extraño crisol; es el avaro. Absorbente en todas sus manifestaciones, todo lo emprende, todo lo quiere hacer, impulsado por la innoble ambición de fabulosos lucros, abandonando luego las empresas acometidas, cuando se ha convencido de que su dinero no le produce el mil por uno, sino el lícito rédito que la economía y la experiencia señalan. En su loco desvarío, por acumular estéril fortuna, no estudia, no medita, sino que impetuoso, se lanza a las más descabelladas aventuras en busca del ansiado vellocino; sin tomar en cuenta las pérdidas y derrotas, sino el triunfo, que él cree fácil. Pero estas derrotas no le cuestan nada al avaro, sino a los infelices a quienes la necesidad obliga a buscar a su vera el sustento diario. Inútil a todos y para todos, el avaro no posee una sola virtud que le haga digno acreedor a la estimación pública. ¡Virtudes! él, la negación absoluta de todo sentimiento altruista, de todo móvil generoso. Su sola creencia, su sola religión, su única adoración, es su oro, amasado con lágrimas ajenas, con inauditas vergüenzas y con expedientes tan inmorales, que son testimonios acusadores de su dudosa procedencia. Pero la

sanción pública se encarga de cobrar esas lágrimas, de vindicar esas vergüenzas, y el dedo amenazante del hombre honrado, cultivador de la caridad y del amor al prójimo, le señala para horror de quienes le circundan, para castigo ejemplar de quienes pretendan continuar sus perversas costumbres, seguir su destructora doctrina. ¡Y qué suplicios tan inmensos sufre el infeliz avaro! El temor ha hecho presa en él, y la desconfianza le invade, le abruma, le ciega y en cada uno de sus semejantes, ve a un enemigo que le asecha para hurtarle su codiciado tesoro. Y en su imaginación sobrecitada por su amor desmedido a la riqueza, se suceden espantosas escenas, que hacen de este desgraciado, no un sér humano sino un réprobo condenado a infinitas y terribles penas. Miserable existencia es la del avaro. Pues su incesante lucha por acumular, no obtiene ninguna recompensa. Alejado de los afectos de patria y de hogar, no concibe las satisfacciones que estos dos immaculados cultos proporcionan a los que los observan. Sér amorfo, cree vivir para él cuando está creando el bienestar y el placer para otros, pues el destino emplea aquellas fuerzas estancadas por el avaro, en provecho de otros, que solo han aportado a ese bienestar, una pasiva e inalterable paciencia.

¡Infeliz avaro! *El Luchador*

Para vestir con gusto, en la Sastrería Gonzalo Artavia

Padres y Maestros

La negligencia y el descuido, defectos tan generalizados en la época presente, y que parecen ser, no obstante abundar ejemplos en contrario, una de las características de nuestra actual sociedad, son perjudiciales desde cualquier punto de vista que se los considere; pero no creemos pecar de exagerados aseverando, que ese perjuicio es máximo, cuando se refiere al magisterio de la enseñanza, si el maestro no encuentra en sus esfuerzos apoyo decidido, constante e imparcial por parte de los padres.

¿De qué sirven los mejores reglamentos escolares? ¿qué utilidad se sacará de las más rígidas disciplinas? ¿a qué conducirán los afanes incesantes del maestro para encarrilar por las vías difíciles del orden, de la cultura y de las buenas acciones a los jóvenes cuya guía se les encarga, si éstos abriga el fatimo convencimiento de que todas esas medidas son, cuando menos, impertinencias, exageraciones y aun tontedades, porque así aprenden a sentirlo al influjo, bien de la protesta expresa con frases in-

discretas y vanas, bien por la pernicioso enseñanza tácita de la sonrisa indiferente y descortés por parte de aquellos cuyo primer deber, si de éste tuvieran clara y debida noción, es secundar en todo la noble acción civilizadora del maestro?

Cuando el alumno, al pisar los umbrales escolares, sale persuadido de que cuanto ha oído de labios del maestro, así en consejos como en prohibiciones o censuras, de que las prescripciones de sus reglamentos, son todo meras fórmulas que solo imperan en el Colegio, porque para pensar así cuenta con el apoyo o la indiferencia paternos, casi es seguro que todo ha de perderse: tiempo, esfuerzos exhortatorios..., viniendo a hacerse nugatorios los resultados de la ardua y compleja labor de la enseñanza.

Acontece generalmente entre nosotros que los padres creen llenar todo deber solo con enviar sus hijos a al gún instituto escolar, el cual jamás se dignan visitar, ni aun por natural curiosidad y, ¡cuántas veces el sentimiento que los guía no es el propósito firme y consciente de que sus hijos se ilustren y eduquen, sino un deseo egoísta de librarse de las importunidades y travesuras de la niñez y de las molestias consiguientes a las tareas educativas! Inútil es esperar que, siquiera una vez por año, en los actos de exámenes, demuestren interés por el progreso de la instrucción y cultura de sus hijos; y no recuerdan, tal vez, a los maestros sino para imponerles reglas o invocar concesiones arbitrarias, guiados por ese mismo imprudente, por ese consentimiento pernicioso, tan erradamente confundido entre los nobles atributos

del amor paterno, que debe ser austero por lo mismo que es el más sublime de los amores terrenales.

No se dan esos padres a pensar que sobre los hombros del maestro recae la parte más pesada, más árida e ingrata de la carga, y así, lejos de acallar en los hijos la propensión a la queja astuta y mentirosa contra las más justas reconvenções, apóyanlos y fallan a su antojo, sin cautela, y sin advertir siquiera que es su deber, en tales casos, investigar discretamente la causa de la queja. No, entre los hijos y el maestro, por fuerza y virtud de un falso amor, la razón ha de ser de los primeros, aun a pesar de su natural insensatez.

No vean los padres en el maestro (como así sucede o lo parece) una especie de siervo o lacayo que debe, a virtud de la paga que recibe, someterse a todos los caprichos y exigencias paternas; persuádanse de que para la civilizadora labor de la enseñanza no hay, ni puede haberlas, justas compensaciones materiales, que su única y mejor recompensa son los respetos, consideraciones, aprecio y gratitud que les conquista su altísima misión, mucho más ardua que la de los padres, por la complejidad de las luchas que en ella hay que empeñar.

La personalidad augusta del maestro, y el respeto a la veneración que deben tributársele, crecen en razón directa de la cultura moral y de la civilidad de las naciones.

Y aquí, para concluir, es de advertirse, que tanto como los padres, y aun con mayor ahínco, convienen las precedentes advertencias a aquellos que toman a su cargo hijos ajenos para ejercer su representación.

R. A.

En la Cantina Internacional buenos cauteles

Don Máximo en San José

Entusiasta recibimiento

Desde muy temprano ya se veía la estación del Pacífico repleta de gentes de todas clases, de caballeros, artesanos, señoras y señoritas que esperaban ansiosos la llegada del caudillo republicano para saludarle por su brillante jornada realizada en las provincias de Puntarenas y Guanacaste.

Bastó el solo aviso de que Máximo Fernández llegaba hoy en el tren ordinario acompañado por su comitiva, para que el pueblo se desbordara de entusiasmo y acudiera a recibirle entre vítores y aclamaciones.

Grupos inmensos de republicanos iban y venían, todos satisfechos y sonrientes ostentando en sus pechos la divisa azul y disputándose el honor de ser los primeros en estrechar la mano leal del Jefe del Partido.

Sin alardes de fuerza, sin pretender hacer hoy una manifestación rimbombante, sin banderas, sin carrozas de flores, sin ridículas ostentaciones, sin aparato alguno, se reunieron 2000 republicanos de buena voluntad en la estación del Pacífico para recibir como simple particular al Jefe del Partido Republicano Lic. don Máximo Fernández.

Los hombres que militan en el Partido Republicano saben que el Pabellón Azul es la representación del

pais entero, y consideran inútil y hasta ocioso hacer a cada paso gala de sus fuerzas y alardear de su gran poder realmente firme y efectivo, cuando en la conciencia de todo el mundo está que el Partido Republicano es Costa Rica en su inmensa mayoría.

Por fin a las 5 y media se percibió cercano el zít-zar producido por la locomotora y la numerosa multitud republicana cubría toda aquella ancha avenida tremolando los alegres pañuelos azules con los que le daban la bienvenida al ilustre viajero.

A los pocos momentos penetraba en el patio de la estación el majestuoso tren, con su andar imponente y los vivos y aclamaciones repercutían en aquel recinto como muestra de regocijo y alegría.

Imposible sería bosquejar en estos momentos el delirante entusiasmo que el pueblo republicano allí congregado demostró, tan pronto como el Lic. Fernández puso su planta sobre la tierra firme y republicana de la capital.

Entre demostraciones de júbilo y vivas incesantes fueron sus amigos acompañándole hasta su casa, donde participamos del grandioso triunfo que el Jefe Republicano acaba de obtener en las regiones guanacastecas.

(De *El Republicano*)

Atento saludo

HOJA OBRERA se complace en saludar al respetable Jefe del Partido Republicano Licenciado don Máximo Fernández, así como a los Licenciados don Claudio González R. don Adán Acosta, don Tobías Gutiérrez y don Ricardo Coto F., y demás personas que regresaron después de la gira triunfal del republicanismo por Puntarenas y el Guanacaste.

Casa en venta

Se vende una casa situada en el "Laberinto", entre la Avenida 16 y la Calle 5ª, es propia para comercio por ser esquinera, es independiente. Para condiciones informarán en la administración de este periódico.

PADEMONIUM

Revista Mensual Ilustrada
Se envían números gratis
de muestra a quien los solicite.

ANTONIO FONT.—San José.